

# DESLINDE



## DEBRET VIANA



HOJAS DEL SUR

Buenos Aires

[www.hojasdelsur.com](http://www.hojasdelsur.com)

Deslinde  
*Debret Viana*

1a edición

**Editorial Hojas del Sur S.A.**

Albarellos 3016  
Buenos Aires, C1419FSU, Argentina  
e-mail: [info@hojasdelsur.com](mailto:info@hojasdelsur.com)  
**[www.hojasdelsur.com](http://www.hojasdelsur.com)**

ISBN 978-987-1882-75-5

Impreso en los talleres gráficos Del Reino Impresores S.R.L.  
Cerrito 1169, Bernal Oeste, Buenos Aires, Argentina  
Marzo de 2018  
Tirada: 1.500 ejemplares

Dirección editorial: Andrés Mego  
Edición: Paola Adler  
Diseño de tapa e interior: AADG / [www.about.me/aadg](http://www.about.me/aadg)  
Ilustración de tapa: "Caravaggio", de Nicole Gilbert Castro  
Diseño y concepto de colección: Juan Pablo Cambariere

**Viana, Debret**

Deslinde. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hojas del Sur, 2018.  
336 p. ; 14x23 cm.

ISBN 978-987-1882-75-5

1. Narrativa. I. Título.  
CDD A863

©2018 Editorial Hojas del Sur S.A.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial, la distribución o la transformación de este libro, en ninguna forma o medio, ni el ejercicio de otras facultades reservadas sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes vigentes.

### III

## construcción mítica de lo inexistente

*Rain your kisses down in storms  
And for all who'll come before me  
In your slowly fading forms*  
N. C.

### **enter M.**

Por una vez, decido cumplir una promesa virtual.

Dije en facebook que iría a la fiesta del elenco de aquella obrita mía que casi no recuerdo, e iré.

No me gustan las fiestas. No me gustan los aglomeramientos.

Todo eso me produce tedio, la sociabilidad, la interacción me cansa.

No era de extrañar que M. se hartase de mí.

Yo nunca quería hacer nada, y ella quería hacerlo todo. Para mí, la dicha era no salir de mi casa.

Ella quería bailar, conocer gente, ir a lugares, cenar afuera, coger en hoteles o en plazas. Mi aventura era interior, y la excluía también a ella.

Era natural que, llegado el momento, yo me perdiese en los pasillos infinitos de mí mismo, y ya no encontrase el camino de regreso a M., que me esperó más de lo humanamente tolerable.

Pero si voy a ir a esta fiesta no es para compensar algo en la balanza indiferente del cosmos, ni para demostrarme que puedo participar de las ceremonias de los vivos.

Cuando llego mi mente es el rifle de un francotirador buscando a Dana.

La parte más difícil ya ha ocurrido: llegar. Sufro más la anticipación de la fiesta que la fiesta en sí. Por eso vengo tomando Gentleman Jack desde las cuatro de la tarde.

Crucé las calles con el zigzagado soporífero de la borrachera.

Dos cuadras antes fui al baño de una pizzería y me di un saque. Esa mágica blancura hecha polvo que cura del alcohol... y después el alcohol, que cura la lucidez que viene de la blancura en tu mente.

Pero no, no lo frecuento. No escribí una sola palabra en ese estado, aunque tal vez haya escrito una larguísima palabra de 30 o de 300 páginas.

Esta noche es excepcional. Solo en ocasiones especiales, le dice Thomas Shelby a su hermano en

*Peaky Blinders*, y yo, en lugar de él, soy el que recoge el consejo, porque para él es tarde y la tv necesita muertos. No es un uso recreativo, ni vitamínico. Esta noche tiene un uso militar. En este tipo de campañas todo está disculpado.

Desde el momento en que soy presentado como autor, me respetan. Son seres tristes los actores. Seres incompletos. Ven en un autor la posibilidad de hacerse con lo que les falta: el contenido. Discurro por la fiesta, hablo con uno y con otro, soy severo y grácil, elegante y accesible, simpatiquísimo y oscuro, ingenioso y gracioso.

Me aman.

Quizá en parte porque quieren quererme. Sin ese deseo del deseo nadie cogería en el mundo, nadie iría a fiestas o a ningún lado los sábados, el proceso humillante de las citas quedaría abolido. Allá está Dana, con una copa en la mano, hablando con dos mujeres.

No la saludé ni me acerqué.

Son reglas teatrales.

El protagonista ingresa luego del primer cuarto de la obra, pero ya se habla de él, ya hay expectación.

Es en el prólogo donde empezamos a seducir, con la danza de nuestra imaginada aproximación. Allí donde seamos prologados, hay esperanza de que nos amen.

Después, cuando arribamos, lo relevante no es tanto sostener la ficción que se hayan creado de nosotros, sino más bien postergar lo más posible el advenimiento de la verdad de lo que somos, que es poco y es miserable, y

es por lo que jamás podrían amarnos. Alguien la llama, alguien dice “Dana”.

La habitación relampaguea.

La veo venir hacia mí como si fuese una publicidad de shampoo.

Alguien nos presenta.

El cine me ha hecho daño. Dana camina hacia mí en cámara lenta. La realidad deja de existir, los márgenes se oscurecen.

Solo ella, con banda sonora de *In the mood for love*. La temperatura de mi cuerpo se eleva, mis sienes palpitan, me siento enrojecer, tiemblo (¿Dana es el ébola?).

Me siento narcotizado por el vértigo de su andar y por la infinita lentitud de cada paso que da.

Es M., me digo.

Es M. otra vez.

Y lo era. En verdad lo era. Su réplica viviente, su espectro hecho carne. El verbo de mi tristeza. M. conjugándose en cada sombra que se posaba sobre su rostro mientras Dana venía hacia mí. M. El nombre de mi capitulación.

O lo fue, unos segundos. Hasta que me habló.

A la primera palabra, ya era otra cosa. Seguramente Dana, con su simpleza y su humanidad, tan poco que ver con la furia de las deidades o con M. Dana, una actriz, tan insulsa y tan viva, con su gracia terrenal y el tedio irremontable de no ser M.

Entonces perdí el interés. Fui seco, y hostil. No podía evitar la decepción de ver que allí donde el espíritu de M. pareció traslucirse ahora no había nada más que un episodio banal de la existencia.

¿Acaso M. no había sido también banal para mí tantas veces?

No importa. Ahora, recreada en las paredes de mis cavernas a través de un teatro de sombras proyectadas con el fuego casi extinguido que forjé tirando a la hoguera mi vida, y moviendo alrededor unos juguetitos hechos con mis propios órganos podridos y cosidos, ahora, era sagrada como son sagrados los garabatos de la cueva de Lascaux: ahora era el origen mágico de todo, mi big bang.

¿Y Dana? Dana es cualquier persona. Bella y vacía como cualquier actriz (¿como M.?), vacua, común, agotable, con su propia historia sentimental llena de monotonía y repeticiones, en fin: humana. ¿Quién, en su sano juicio, podría hacer nacer una religión de ella?

Dana, un big mac. Para pasar el rato. Porque todo lo demás ya cerró o queda lejos.

Porque necesitamos cada tanto hundirnos en el fondo de lo trash, porque es barato. Porque por qué no.

Dana estaba ahí, con su fernet con coca hablándome de sus ambiciones actorales, de que iba a filmar un corto, de que a su padre no le gustaba que se dedicara al teatro, que él siempre había querido que ella fuese azafata, pero igual le pagaba el departamento y yoga, pilates, todo el

kit, y todo eso dicho con el fernet con coca cuando todo lo que tiene coca-cola tiene una terrible falta de elegancia. Y yo ya nada, yo con un pie afuera, pero si me preguntan, si tengo que apostar y nombrar una sola cosa, fue mi indiferencia, mi desinterés hacia Dana lo que encendió a Dana, lo que la hizo venirse conmigo a mi departamento, lo que la hizo desprenderse de su ropa tan rápido.

Eso tiene la belleza.

Cuando no es festejada se retuerce en el piso de dolores imaginarios para que la consueles. Cuando no te rendís a ella, se siente herida y quiere sangrar bellamente, quiere conmoverte, se arroja a tus pies para que la luz le pegue de otro modo y te hechice desde la humildad de su caída.

Cuando no te derrumba se queda a tu lado hasta comprender qué carajo te pasa que no te das cuenta de su magnificencia.

Y yo no le dije que no. Me intrigaba la manera en que podía volverse M. Quería ver eso de cerca, esa metamorfosis, esa peripecia.

Casi no hablamos durante el viaje. Dana tenía una estrategia. Se estaba haciendo la borracha. Excusaba allí la revelación de su libido. La sociedad disculpa todo de un borracho:

—Choqué un auto, atropellé a una embarazada, violé a un nene, declaré una guerra, fajé a mi mujer.

—¡Qué terrible! ¡Es un ser nefasto! ¡Que vaya preso!



—¡Pero estaba borracho!

—Ah, entonces está bien. Pobrecito... tiene una enfermedad.

La trampa de las tautologías. Las condiciones en que se comete el crimen disculpan el crimen aun cuando son las que lo producen. Cuando llegamos Dana se arrojó al sofá. Se reía, y hablaba de algo sin importancia.

Le llevé un vaso con agua, y halagó mis bibliotecas, mis discos. Después se quedó callada.

Enmudecida de repente, con el rostro serio era una belleza de cine francés, como el rostro de Jeanne Moreau detenido por Truffaut en la escena del puente en *Jules et Jim*.

Dana hizo dos o tres gestos. Todos decían inequívocamente una sola cosa: cogeme.

Fui simple y bestial. Hay un momento en que el sexo empieza, en que está ya todo decidido antes de que la maquinaria sexual entre en acción. Es un microsegundo.

En ese instante yo moví mi cabeza hacia ella y ella con el doble o el triple de velocidad se lanzó a mi boca. Tomé su cara entre las manos, y giré su cuerpo.

Fue fácil levantar su vestido, correr su tanga, entrar hasta el fondo.

Dana ni siquiera se mantenía en cuatro: estaba derribada en el sofá, con una pierna caída, abrazando el apoyabrazos, gimiendo sin sensualidad, con la cara

aplastada contra un almohadón, como si estuviese desmayada, o gozara en sueños, ida.

No sentí nada, salvo la severidad de los embistes, o más bien del rebote del culo de Dana contra mis embistes.

Fingí que acabé. Una acabada muy austera de todos modos.

Todas mis acabadas lo son: nunca me entrego del todo: siempre tengo que mantener cierto control sobre mí, y lo hago sosteniendo mi rostro en los gestos que aprendí de los duros del western.

Nunca dejo que nadie vea mi rostro al gozar.

Ahora mismo escribir la palabra gozar me resulta obsceno. Llego al extremo de vulnerabilidad en el goce. Si alguien me viese así, tendría que salir corriendo.

O asesinarlo.

Se la saqué, y fui al baño.

Dana ni se dio cuenta, la escuchaba gemir desde el baño del mismo modo que gemía cuando tenía mi verga adentro.

Cómo deshacerse del cuerpo ahora. Esa es la pregunta después de todo crimen. Me ensombrecía la idea de que Dana se hubiese quedado dormida en el sofá. El sofá bordó, o borravino, como le decía M. Un sofá que alojaba todavía la fragancia insepulta de M.

Me siento de mi lado todavía en ese sofá cuando ceno. Años van, y todavía le guardo el lugar a M. Salí del baño determinado a enfrentar lo peor. No podía dejarla dormir ahí, no podía amanecer con Dana en la casa.

Pero Dana estaba despierta, parada frente a la biblioteca, mirando las páginas de un libro de Poe, unas obras completas con tapa de cuero, rota.

Y empezó otra cosa. Otra noche dentro de la noche.

**carcosa**

—¿Leíste todos estos libros?

Dana ya no estaba borracha. Su voz era clara, su paso, firme.

Por eso la pregunta era doblemente forra.

Nadie en el mundo leyó su biblioteca, por más breve que sea.

Una biblioteca es una compañía, un futuro, un territorio familiar y extraño por el que pasear y extraviarse. La biblioteca se llena no con lo leído, sino con posibles puertos donde tal vez algún día sea grato encallar. Una biblioteca es una cuestión de fe, un espacio enraizado entre maderas donde las palabras de los muertos vibran.

No se lee todo eso, no está para ser leído.

Ojeado, recorrido con los tumbos del azar, o ni siquiera eso: a veces la función de un libro es simplemente estar ahí: agregar un matiz levísimo a la atmósfera de la habitación, como la gota de whisky en el café: no está, desaparece, y sin embargo se siente en cada sorbo del café.

No le dije nada de esto a Dana. ¿Para qué?

Mil veces respondí esa pregunta. No se puede responder con la verdad.

La verdad no se da en una conversación. Las preguntas equivocadas solo se responden con desvíos.

—Algunos —dije.

De repente, no habíamos cogido. Éramos camaradas o algo así: la mancha había desaparecido. Conversábamos con suma naturalidad.

Sobre el texto de la obra, sobre la última película de Jarmusch, sobre el teatro independiente porteño.

Soy débil.

La tentación es resbalosa, y yo vivo en el desequilibrio hace demasiado. Le pedí que hiciese el papel de la obra, le pedí que actuase, que fuese un rato la protagonista de la obra. Dana sonrió, y bajó la cabeza, la puso casi a la altura de sus rodillas.

Creí ver un estupor, una contorsión inhumana en su cuerpo. Creí estar frente a un caso de posesión: cuando se levantó, era otra persona. Dana no estaba más, había sido desplazada.

M. había vuelto.

Era un error, pero yo estaba hechizado o más bien drogado, extasiado por la presencia de M., a la que no vería más del lado de los vivos, solo en la memoria o en las fotos o en esa eternidad inútil que es la virtualidad, y ahora la tenía ahí delante, resplandeciente, gracias a la

magia del teatro, probablemente interceptada por algún tipo de macumba que no me interesaba comprender.

Yo también leí *Cementerio de animales*, yo también sé que no hay que resucitar a los muertos, que es una mala idea, que el costo es muy alto, que los muertos traen consigo otra cosa de donde sea que hayan estado, en fin, que todo está destinado a irse a la mierda.

Pero la compulsión nostálgica tampoco tiene remedio, y si bien yo no soy un nostálgico de diccionario, del mismo modo que no podemos juzgar al padre que quiere ver otra vez vivo a su hijo muerto y para eso cruza líneas que no deberían cruzarse, creo que a mí tendrían que disculparme porque, aunque el amor no exista, todos queremos verlo otra vez.

Después de decir un par de líneas de la obra, y de reproducir algunas situaciones, Dana se había quedado sin contenido y daba lugar a coloquialismos tediosos:

—¿Y tu gato?

—¿Qué?

—¿Vos no tenías un gato?

—Sí, sí. Pero está ocupado —le digo y Dana se ríe como una tonta, como Dana.

—¿Cómo ocupado? ¿Qué hace?

—Está en su caja —y Dana mira extrañada por la habitación y va a preguntar qué caja, lo veo en su mirada siome, en el modo en que mira sin hallar la caja, quizás ya lo preguntó pero qué me importa, yo estoy aturdido, mis oídos vibran un tintineo tan fino como

ensordecedor, como si una bomba hubiese estallado recién: M.

Y yo quería más, adicto como soy a mis hiroshimas íntimos.

¿Querer? No, no es apropiado.

Necesitaba.

Necesitaba más con voracidad. M. frente a mí, M. tal como era, M. antes de despreciarme, antes de todo, prácticamente antes de mí, antes de ser desfigurada por mi cercanía. ¿Cómo dejarla ir así como así? Le di poemas para que me lea, le di textos, le escribí cosas para que me las dijera, le dije que era una obra nueva en la que estaba trabajando. Así Dana dio cuerpo al espectro de M.

Entre el teatro y la invocación de espíritus no se sostiene ninguna diferencia verdadera.

De hecho, creo que yo escribo este cuaderno del mismo modo, es decir, para invocarme a mí mismo. El ritual de la escritura como la serie de procedimientos mediante el cual producir mi propia aparición ante mí mismo. Pero no funciona: lo único que emerge es ficción.

O M.

—¿Qué fue eso? —dijo Dana con la insípida voz de Dana.

—Nada, nada —le dije—. Never break character —le dije.

Una tempestad se gestaba afuera. El viento chillaba, las ventanas crepitaban.

Esa noche fue poltergeist.

Dana volvió a transfigurarse en M.

Mi corazón hinchado sangraba.

El líquido negro me llegaba a la garganta, me ardía.

Y volvía a tragarlo y me excitaba.

Mantuvimos al principio conversaciones banales. ¿Cómo fue tu día? El relato de una amiga suya a la que en el trabajo le habían dicho tal cosa. Qué iba a hacer el miércoles que viene. Que había comprado tal cosa en el almacén de la esquina porque no había podido llegar al supermercado, que por favor yo fuese mañana a comprar lo que faltó porque ella iba a tener que pasar a buscar unos papeles por la facultad y no iba a llegar. Creo que era eso lo que más extrañaba. La frivolisísima cotidianidad. Alguien sobre quien apoyar el brazo mientras caminaba.

Es difícil saber dónde dejar. Hay veces en que la frontera a partir de la que todo se irá sin vuelta atrás a la mierda se hace visible, concreta, casi fosforescente.

Esa era una de esas veces, pero yo no tenía con qué frenar.

Si dominara el arte de la retirada oportuna mi vida sería dichosa, o por lo menos por completo otra cosa, algo más bien parecido a una vida.

La representación de la cotidianidad fue reemplazada por el drama.

Le hice decir cosas fuertes, grandilocuentes, le hice sostener discusiones conmigo, discusiones íntimas, la hice llorar, recreé con Dana decenas de situaciones cruciales con M., hasta que llegué a montar la escena final, el diálogo mediante el cual nos desenlazamos: entramos al diálogo por el mismo lado, y cada uno se fue luego por un camino distinto, ese puñado de palabras que una vez dichas nos volvieron otra cosa, como un conjuro inevitable, esas palabras donde lo que éramos se deshizo.

Necesitaba verlo de nuevo.

La primera vez pasó tan rápido que no podía entender lo que veía.

No estaba seguro de que era el final.

Soy de los que se quedan en la sala hasta que se acaban los créditos con el ansia de que haya algo más, algo vital: algo que lo resignifique todo.

Es la misma fe que me fuerza a quedarme esperando por el remate de una broma que nadie hizo, pero que al mismo tiempo sería la única explicación sensata a todo esto.

Ahí, frente al final, creía que luego todo se iba a enmendar, como tantas otras veces que el final parecía ocurrir, pero pasaba de largo, al punto tal que ahora la aproximación del final parecía un amague torpe, una pose, como Pedro y el lobo que de tanto mentirlo cuando de verdad vino el lobo nadie le creyó y la masacre tuvo lugar, como yo no creí que estaba pasando lo que estaba pasando pero sí creía ahora que verlo una



segunda vez me ayudaría, no sé bien a qué, a entender tal vez, a dejarlo detrás.

Claro que no iba a funcionar, claro que en primer lugar era mentira, una representación; algo que está ahí en lugar de lo que no puede estar ahí y que es, al mismo tiempo, el centro de todo.

Quería a M.

La quería otra vez de alguna manera, y me dije que el simulacro era un principio de salud, que era un puente que me conduciría a un lugar mejor, pero lo que yo quería era sólo el simulacro, vivir ahí o extenderlo lo más posible, sin importar el costo, ni la lesión que la realidad sufriese.

Dana vaciada de Dana se dejó dirigir por mí, dio los pasos exactos, calzó divinamente en la sombra de M. Era hermosa, era todo.

No pude contener la visión de su regreso.

Me dolía algo que tardé en precisar: no M., no su belleza, no su regreso.

No era eso sino la magnificencia que irradiaba de ella por no haberme tenido en su vida.

Pude ver de un modo claro y avasallador lo que M. era antes de conocerme, su luz y su pureza y por contraste se me hizo visible lo que hice de ella, lo que la torcí y oscurecí y desarmé.

Entonces hice trampa.

Muy rara vez ocurren los absolutos.

Caen frente a nosotros y vemos, por un segundo, las cosas tal como son. Los velos se suspenden, los intercesores se distraen, la cosa en sí, tal como es, se nos aparece por un instante sagrado. Y la luz que proviene de ella es tan verdadera y tan atroz y tan cruda y tan cierta que nos duele y nos quema como el sol si lo miramos de frente.

Entonces elegimos: arder en la hoguera de la verdad, o desviar la mirada.

Si escribo es porque siempre desvié la mirada.

Lo que se ve, si nos sostenemos frente a la singularidad de la irrupción del absoluto es inhumano e inenarrable. Tal vez los psiquiátricos estén llenos de quienes no desviaron la mirada, yo qué sé, podría ser, nunca lo vamos a saber con certeza. Estoy seguro de que los cuervos del último cuadro de Van Gogh fueron pintados con esa luz ardiendo en su carne.

Yo desvié la mirada, y no pude llegar al final de nuestra separación. Quería verla otra vez para entenderla, pero no podía pasar por ella de nuevo.

Le cambié el guión a Dana.

Le hice pedirme disculpas, le hice rogar por mi amor, le hice darme la razón en todo, le hice decir a M. todo lo que yo hubiese querido que ella dijese y nunca dijo, y nunca iba a decir.

Hice trampa y es patético, pero es lo que es y no podría haber hecho otra cosa.

Tendría que haber sido otro para hacer otra cosa.

Afuera el mundo estallaba: la lluvia arremetía contra el vidrio de las ventanas, el viento quería romper la cuarta pared con su furia.

Ningún teatro dura para siempre. Y las paredes del teatro se derrumban hacia adentro.

Antes de eso, o conjuntamente con eso, me lancé sobre M. y la besé y bebí su piel y apreté su cuello y mordí sus pezones y amé cada gemido y cada silencio, y lloré mientras le hacía el amor y mis lágrimas se mezclaban con la saliva y el semen y fui dulce y lento y Dana quiso hablar, Dana casi dijo “más, más fuerte, dame m...” y le tapé la boca y la encerré dentro de M. y mi verga desapareció porque le estaba haciendo el amor con todo mi cuerpo, con todo mi ser, era una sola cosa con mi cuerpo y una sola cosa con esa sensación cósmica y absurda que nos parece sentir cuando el fragor del sexo nos lleva a vislumbrar un no sé qué, un más allá, una magia como la experiencia brevísima de la muerte.

Cuando acabé lloví mi alma dentro de M.

No importaba que yo no tuviese alma.

Dormimos abrazados. Su culo contra mi vientre, mi verga entre sus piernas, mi brazo arropándola, mi mano cerrándose sobre su teta izquierda.

Cada tanto llegaba una explosión del cielo. La tormenta crecía.

Algún relámpago iluminaba el cuarto.

Yo me sacaba los ruidos de la cara como el borracho que no quiere despertar y se refriega la mañana de los ojos.

Me levanté al mediodía de ese domingo, y nos hice un desayuno delicioso. Café con leche, tostadas belgas enmantecadas, huevos revueltos, tres tipos de mermelada, croissants, etc., etc.

Lo comimos casi sin hablar, fue romántico.

Después recordé que en algún punto de la mañana había sentido la puerta cerrarse entre los ruidos de la tormenta y que Dana se había ido.

Vimos una película de Woody Allen, y nos reímos como en los viejos tiempos, como si fuese la primera vez que la veíamos. Lo que hablamos, lo hablamos muy bajo, como susurrado. Ya no entendía lo que M. decía, el viento de afuera aullaba, la tormenta persistía, pero no importaba. Nunca importan las palabras.

Me bastaba con el sonido de su voz, con el aliento de su boca.

Tomamos vino, y whisky, y absenta. Ella tenía que irse y yo quería retenerla. Tomá whisky, le dije. ¿Sabés qué significa whisky en gaélico? Agua de la vida. Tomá. Y ella tomaba. Me sorprendió cómo digería el alcohol. Antes, cuando estuvimos juntos, casi no tomaba y si tomaba a la media copa de vino estaba borracha. Ahora, era agua para ella.

Me dijo cosas que no entendí, pero asentí de todos

modos. La belleza de verla hablar me llenaba. Quise tocarla pero su cuerpo se doblaba, se contorsionaba, se ablandaba y me rehuía. Se había vuelto tenue, traspasable. Me quedé viendo cómo se movía por la casa sin que las cosas la sintieran. Caminaba, de repente, muy rápido, como si estuviese en varios lugares a la vez.

Ya no recuerdo sus pies.

¿Levitaba? No lo sé.

En todo caso, aparecía aquí o allá. De vez en cuando titilaba, o se borroneaba. Pero si me concentraba y hacía foco, estaba ahí, la veía.

Se hizo más tenue con el correr del tiempo.

La casa empezaba a traslucirse a través de su piel.

Las ventanas temblaban, miré la lluvia y el cielo enfurecido y electrocutado. Ya no directamente, pero por el rabillo del ojo la veía ir y venir, o sentarse y estar, y mirar la tempestad conmigo que yo miraba a través de ella.

Entre las horas de la madrugada se desintegró.

Me desperté en el piso y salí al balcón. Me duché en la lluvia, que también era irretenible, bajo las nubes azuladas, con un tímido tono rosa a lo lejos, tic de un amanecer que no ocurrió. Me fui a la cama y me dormí mojado.

Ese lunes me dolía el fondo de la cabeza. Me hice un café negro. El noticiero decía que se trataba de la

tormenta más terrible de la última década. Granizo, inundaciones, muertos, arrastrados por las corrientes, cortes de luz, incendios, desaparecidos.

Desenchufé el televisor y vi sobre la pantalla el reflejo de Caravaggio que cruzaba el living seguramente yendo desde una caja a otra caja. Me acordé que Dana me había despertado durante la noche. O que me desperté, y la vi parada junto a la ventana, tratando de bajar la persiana.

Quiere dejar la lluvia afuera, el día afuera, la vida afuera. La entiendo y la quiero un poco más por eso.

Pero mi amor es breve y enseguida la desprecio, le digo que no, le pido que lo deje, que yo lo hago, que lo deje.

La persiana está trabada y yo casi puedo ver cómo del otro lado, en el reflejo de Dana, está M. resplandeciendo como la muerte con las uñas en la persiana, tirando para el otro lado.

—No hay caso —le digo —está enredada en la tormenta.

Dana vuelve a la cama y se arroja arriba mío, riendo con timidez, me besa el pecho y la cara y diciendo algo con su voz sin encanto, y yo la traté mal, la saqué de encima, la empujé lejos.

Pobre Dana.

Como tantas actrices podía ser mucha gente porque no era nadie, y lo que más quería en el mundo era ser alguien, y creyó que yo podía exorcizarla y yo abusé de

su peste y la llevé a los límites de su maldición como un  
deforme al que no curan pero exhiben en el circo.

Pobre Dana.

## **CONTACTO CON EL AUTOR**

e-mail: [\*debret.viana@gmail.com\*](mailto:debret.viana@gmail.com)



Para adquirir el libro completo  
visite nuestra tienda online:



[www.hojasdelsur.com](http://www.hojasdelsur.com)